

Una selva tan infinita

La novela corta en México (1923-2017)

Volumen IV



EL
ESTUDIO

Una selva tan infinita

La novela corta en México (1923-2017)

Volumen IV



COORDINACIÓN
GUSTAVO JIMÉNEZ AGUIRRE

EDICIÓN
GABRIEL M. ENRÍQUEZ HERNÁNDEZ,
GUSTAVO JIMÉNEZ AGUIRRE Y RAQUEL VELASCO

ÍNDICE ONOMÁSTICO
BRAULIO AGUILAR VELÁZQUEZ

TEXTOS DE DIFUSIÓN CULTURAL
SERIE EL ESTUDIO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL



DIRECCIÓN DE LITERATURA
MÉXICO, 2019

Primera edición: diciembre de 2019

Diseño de portada: Gabriela Monticelli

DR © De la compilación: Gustavo Jiménez Aguirre y los editores.

DR © De los artículos: cada uno de los autores compilados.

DR © Universidad Nacional Autónoma de México

Av. Universidad 3000, Ciudad Universitaria,
04510, Ciudad de México, México.

ISBN: 978-607-30-2931-5

ISBN de la serie: 968-36-3758-2

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

III. NOVELAS EN EL EXILIO

IDIOSINCRASIA DE LA NOVELA CORTA: EL CASO MAX AUB

LUIS ARTURO RAMOS

I

“El remate” y “Librada”, textos en los que centraré mis comentarios, forman parte de *Historias de mala muerte*,¹ volumen publicado en 1965, a 26 años de la derrota de la República Española en 1939, a manos de los franquistas. El relato que abre el volumen y “Librada”, que lo secunda, ubican sus acontecimientos en 1961 y 1948, respectivamente. Aunque desde perspectivas temporales distintas, los escritos aparecen impregnados de un tono de queja y reproche enfatizados, en el caso de “El remate”, por la voz narrativa en primera persona. Sumada al denominador común de este efecto tonal, ambos textos aparecen significados por la abundancia de diálogos y la intercalación de cartas y artículos periodísticos. La cercanía impuesta entre los dos por el orden convencional de lectura, la unidad de tono y las estrategias de construcción, permiten al lector entenderlos como un complementario y crítico recuento de hechos, un rabioso y desencantado testamento político y hasta una obligada petición de cuentas. Cabe asentar que

¹ Max Aub, *Historias de mala muerte*. México: Joaquín, Mortiz, 1965. Todas las citas pertenecen a esta edición.

la mayoría de los textos que componen *Historias de mala muerte* participan de dicha tesitura.

Presupongo que Max Aub habrá considerado, en primera instancia, a lectores específicos que darían peso y contexto a las abundantes referencias históricas, a los datos concretos y a las alusiones abstractas, como bien lo deja entrever el fragmento redactado por el principal interlocutor de Remigio:

Reproduzco este trozo de conversación [...] Difícilmente pueden entenderla otros. Se mueven y remueven en ella recuerdos, odio contra las enseñanzas que recibimos, desesperación por la jugada que nos hizo la historia y, a pesar de todo, la lívida luz de cierta esperanza que sabíamos fenecida y nos empeñábamos en revivir (18).

Si a ello añadimos las, no por escasas menos significativas, automenciones del autor-real (en la página 16 y luego como nota al pie de la página 36), el conjunto de recursos permite aventurar que tanto “El remate” como “Librada”, suponen los criterios y reflexiones de aquél. Y a ambos textos, insisto, como las dos caras, dolorosamente complementarias, de una misma moneda: el exilio y sus consecuencias más inmediatas. Advierto en ambos textos la misma intensión crítica y reivindicativa, misma que habrá de acomodarse en una extensión particular y en una estrategia de construcción predeterminada, que me permite asumirlos como ejemplos de novelas cortas.

Si bien el título del volumen apunta hacia la intención antes mencionada y orienta la lectura hacia un lector concreto: el exiliado español, conviene aclarar que, de los once textos recopilados, dos de ellos: “La sonrisa” y “Sesión secreta” (indexados al final del libro), rompen con los anteriores por la ubicación de las historias, los personajes y el tono fársico que los determina. Los nueve restantes representan cuentos de indistinta extensión, amarrados por el tema y los personajes relacionados con la Guerra Civil Española; pero, sobre todo, porque la voz narrativa, predominantemente en primera persona, cuenta y recuenta desde el

exilio. Ese sitio con fronteras en todas partes, aunque con capital fija en la memoria.

El exilio, especialmente el que viven los españoles a causa de la derrota republicana, es el sitio donde se vive “la mala muerte” aludida en el título del volumen. (La otra, la muerte física, representa apenas una condición directa de la existencia, por lo tanto, lógica y hasta deseada). El Exilio, que algunos de sus personajes escriben con mayúscula, deviene una larga agonía martirizada por los recuerdos, la cavilación, la posibilidad o conveniencia del retorno y la certeza de las traiciones. Resulta una larga espera en la antesala del regreso atribulada por la certidumbre de que toda existencia se agosta en tierra ajena. “El tiempo nos mata [afirma Remigio] [...] en vida. Nos hunde. Vamos desapareciendo poco a poco en un terreno cenagoso, en un tremedal, viendo cómo los demás siguen andando. Atrapados. No hay derecho” (18).

En todos los personajes prevalece la certeza de que esa lenta y angustiada agonía merece ser paliada por algún medio o llevada a su fin con la muerte física. Cualesquiera que resulte la decisión, es precisamente desde esta “agonía”, rabiosa o resignada, que la memoria resquebraja el tiempo presente y el espacio de refugio, para revelarse sin ambages al conjuro de los encuentros (“El remate”) o de algún acontecimiento que, por inesperado, obliga a la reflexión: “Librada”. Los extensos diálogos sobre los que en buena parte ambos están contruidos, giran alrededor de asuntos recurrentes y, al parecer, inherentes al transterrado. Enumero algunos: las causas de la derrota planteada principalmente en términos de “por qué perdimos”, más que de “por qué *no* ganamos”; la consideración del retorno; la pertinencia de la lucha dentro y fuera del territorio español; el acomodo a la nueva realidad y el imperativo de testimoniar los hechos ante la amenaza de la reconstrucción oficial, por lo tanto “franquista”, de la Historia.

Las opciones asumidas, y por tanto los personajes que las sostienen, devienen antagónicos porque representan la imposibilidad o incapacidad de amar lo que se reconoce o supone ajeno.

Hacerlo implica una traición tanto a los ideales políticos como al *humus* primigenio que los sustenta. No hay posibilidad de amar sin des-amar; tampoco de pertenecer, sin traicionar la antigua pertenencia. Quedarse a la mitad del camino, en una ominosa e indecisa aporía, implica vivir “la mala muerte” hasta el término de la existencia.

II

“El remate” está construido sobre la base de una sencilla premisa literaria: la visita de Remigio Morales Ortega (cuasi moderno hijo pródigo, exiliado en México desde 1939) a un compañero de lucha refugiado en Francia, a fin de reencontrarse con su hijo Remigito, quien, junto con su madre y hermanas, nunca abandonó España. Remigio viaja a Perpiñan para encontrarlo y regresa a Cahorse “con los ojos hinchados [...] de llorar” (14). El desencanto producto de la entrevista con Remigito, versión disminuida de su padre, determina el contenido y el tono de reproche de los diálogos con su anfitrión, las discusiones con los viejos camaradas de lucha y los desencuentros con los “nuevos” españoles, productos ya de la visión franquista de la Historia. Pero sobre todas las cosas, el encuentro con su hijo resulta el detonante de la decisión final de Remigio: el suicidio.

El recurso del reencuentro permite a Max Aub manifestar *sus* ideas respecto a las causas de la derrota de la República y sus consecuencias, tanto en España, como en el exilio. De ahí que proponga a “El remate” como una novela-ensayo. En definitiva, un texto argumentativo, por cuanto reúne ideas, posturas y razones tanto de índole existencial como políticas, evidentes todas en el constante debate sostenido con los personajes del reencuentro y matizadas en ocasiones por las reflexiones y memoraciones de su principal interlocutor y redactor del texto conocido como “El remate”.

El suicidio de Remigio impulsa al narrador a *testimoniar* por escrito su encuentro con el viejo camarada y, de paso, su propia experiencia de lucha y exilio. Lo que el lector-real *conoce*, es un texto escrito por el anfitrión, lo cual queda de manifiesto en la primera línea de su remembranza: “Antes de contar el fin de mi inolvidable amigo Remigio Morales Ortega será bueno que diga dos palabras acerca de mí” (9). Lo que sigue, a lo largo de las 35 páginas impresas de “El remate”, es el recuento de las ideas y reflexiones, más antagónicas que complementarias, de dos personajes colocados en ambos extremos del fenómeno del exilio: la aceptación de los hechos (causas e implicaciones) o la persistencia en la lucha, aunque sea a través del reproche sistematizado o la persistencia de la memoria.

Los dos personajes representan los polos de ese binomio construido por el exilio: “Vivo en Cahors, donde me he casado y formado una familia. *Lo digo sin vergüenza*: mis hijos hablan muy mal el español, mi mujer es francesa” (9, el subrayado es mío). Por su parte Remigio, el “refugiado-mejicano”, apenas se acerca a las orillas de su patria a fin de reencontrarse, y de paso intentar identificarse, con su hijo. La entrevista tiene lugar “en Cerbère, en la frontera misma” (9) “[porque] ¿ir yo a España? Sería como faltar a un voto [...] me sentiría disminuido, deshonrado, humillado, esclavo” [...] “Tampoco he venido a hacer de turista. Eso, para los que hayan olvidado” (12). El narrador-escritor de “El remate” entiende un reproche en esta declaración de principios: “lo decía [Remigio] indudablemente, aunque sólo fuera en parte, por mí” (12). Para ambos el mensaje es claro: La adaptación al medio se aproxima peligrosamente a un acto de traición. La certeza de cometer un acto traicionero en la decisión de habitar una tierra no-nativa (“uno es de donde crece. ¿Tú te sientes de aquí?” (14), pregunta Remigio a su interlocutor.

“El remate” vehicula contenidos que ameritan espacio y vías adecuadas para razonar los planteamientos de quienes los emiten, los ponderan y contradicen; mas el debate carecería de sustento

y significatividad al margen del perfil político e ideológico de los personajes; de ahí la necesidad de construirlos a partir de las opiniones y los argumentos políticos. En el caso del redactor del encuentro, se abre un amplio espacio, que bien podría calificarse de digresión (recurso impropio del cuento, mas conveniente para la novela breve), a fin de que éste recupere y reseñe su participación en la guerra. El personaje-redactor, atosigado por sus contradicciones internas, e impulsado por la visita de Remigio, se ve forzado a escribir su propio testimonio el cual, por razones distintas, titula “El remate” (una suerte de finiquito con el pasado compartido y la reivindicación del presente en Francia): “¿por qué me recordaría Sevilla? ¿Lo hizo adrede? [...] Lo escribo hoy, veinticuatro años después [...] Lo había olvidado. Palabra. Lo quiero volver a olvidar” (33-4).

Los diálogos entre interlocutores de igual o distinta filiación política, refugiados o no, jóvenes o viejos; pero españoles todos, giran alrededor de temas inherentes al exilio y aparecen planteados en franca oposición: memoria-olvido; adaptación-fidelidad; persistencia en la lucha-aceptación de la derrota, por mencionar los más conspicuos. Cualquiera que sea la alternativa, repercute en el antagonismo, explícito o sesgado, de quienes la sustentan. Los opuestos no admiten conciliación. Resultan absolutos en su carácter de proyectos de vida ya sea dentro o fuera de España; de ahí el rabioso tono de reproche, queja y pesadumbre que impregna las sentencias de Remigio:

—Perdimos. No lo admití hasta ahora que regresé. Creía que, a pesar de todo, quedaba vivo nuestro recuerdo, nuestro rastro; que la gente no hablaba, no escribía acerca de nosotros porque no podía, porque se lo prohibían, por miedo. Tal vez fue cierto los primeros tiempos, pero después, en seguida, sencillamente fuimos borrados del mapa. Un auténtico remate. Nadie sabe quiénes fuimos, menos todavía lo que somos. Ni siquiera vendidos al mejor postor... En cambio los traidores (20).

El carácter textual de “El remate”; es decir, el relato que el interlocutor primordial de Remigio escribe para sí mismo, ya sea con fines catárticos o terapéuticos, “me acuerdo sin querer y escribo esto para ver si lo hecho afuera otra vez” (35), significa en los hechos concretos una estrategia para conservar y de paso dignificar la memoria, ante los embates del franquismo en funciones y sus intelectuales orgánicos. Perdimos la guerra, parece afirmar Max Aub, pero no podemos caer derrotados por el olvido.

Para vencer en esta batalla contra la desmemoria implícita en el olvido y la consiguiente reconstrucción venal de la Historia, Max Aub opta por vertebrar sus intenciones sobre el eje del recuerdo individual o compartido y sobre las voces que lo articulan. Los dos relatos comentados resultan un inventario de voces que dan cuenta de un cúmulo de experiencias. Todas éstas, ya sea transmitidas mediante diálogos o monólogos, cartas y hasta artículos periodísticos (tal el caso de la nota necrológica de Queipo de Llano del *A. B. C. de Sevilla* que Remigio lee asqueado a su anfitrión; o el editorial del diario comunista *España Obrera y Campesina* que provoca el suicidio de Librada, reproducen un estado de ánimo sui géneris, tanto en lo particular como en lo colectivo, que contextualiza los diálogos, el tono en que se emiten, las reflexiones subsiguientes y las decisiones extremas. Remigio, personaje principal de “El remate” y Librada, en el texto que lleva su nombre, optan por el suicidio y de paso colocan esta determinación como la única solución posible.

Ambos textos se orientan hacia la construcción de una atmósfera mental o anímica, que acicatea el desarrollo de la trama. Más que anécdota, lo que priva son los escritos intertextuales y los debates subsiguientes. La acción ocurre en y a través de los diálogos contrapunteados. Las voces y los textos reproducidos (cartas, artículos, el mismo texto escrito que es “El remate”) hablan, recuerdan y antagonizan desde ese ambiente o atmósfera interior y personal, u oficiosamente oficial (perdón por el aparente pleonismo) y colectiva.

Este estado mental, atmósfera anímica, para llamarla de alguna manera, queda enfatizado por las prácticamente inexistentes descripciones del paisaje físico, sea francés o mexicano. En ninguno de los textos hay construcciones de espacio, apenas meras menciones al aquí: Francia, en el caso de “El remate”; o al allá: Veracruz, tratándose de “Librada”. Lo mismo ocurre con la España de la guerra y luego, apenas, con la de la derrota. Ni en “El remate” ni en “Librada” (aunque en éste aparezcan, sin ser profusas, alusiones al clima y paisaje del puerto de Veracruz) resulta significativa la presencia del paisaje físico. Lo que priva y destaca por contraste es la atmósfera emocional que envuelve a los personajes y que permea tanto el tono de sus voces como el contenido de los diálogos. Todo ello refleja y hasta reproduce, un particular estado emocional que determina el debate y las posiciones opuestas de los personajes que los suscriben.

Cabría por lo tanto hablar de la construcción de un estado de ánimo, de una perenne *suadade* política que enmarca comentarios en voz alta o reflexiones en voz baja. A Max Aub no le interesa el paisaje físico del territorio del exilio; sino el paisaje interior, el estado anímico que determina a sus habitantes. La atmósfera emocional deviene simbólica y su construcción resulta indispensable para entender a cabalidad las contradicciones internas de los personajes.

Veintidós años alejan a “El remate” de la derrota republicana. Apenas ocho tratándose de “Librada”; pero ambos están contruidos sobre la base de tesis políticas y existenciales opuestas. Será con base en ellas que el lector-real primario (los exiliados) y secundario (el resto del mundo lector), acomodarán sus propias conclusiones. Esta aproximación al tema del exilio aleja a las novelas del texto sectario, panfletario o militante, cuyo objetivo central es el convencimiento a ultranza y permite, de esta manera, la construcción de personajes debatidos en sus propias incertidumbres y contradicciones. Personajes reales inmersos en una realidad individual edificada a partir de su elección y construida sobre su propia experiencia. Ante la imposibilidad de con-

ciliar ideología con existencia, Remigio opta por el suicidio. Su anfitrión e interlocutor primario, hace tiempo que decidió confraternizar con la nueva realidad.

III

Max Aub recurre a la novela corta porque su espacio resulta lo suficientemente amplio para permitirle desarrollar su novela de ideas con ideas, construir la psicología y el humor anímico de los personajes que los manifiestan y resolver una trama urdida con diálogos, intertextos y monólogos (la trama de ambas novelas, me atrevería a decir, es precisamente “la narración del discurso”, concebida ésta como el constante y premeditado intercambio de argumentos ideológicos por mano y boca de una ostentosa variedad de personajes; lo cual posibilita y aun determina el avance irrestricto de los acontecimientos), sin diluir o distender por ello la intensidad de un relato rematado mediante un contrapunto anticlimático que, por contraste, se preña de efectividad. Me refiero al premeditado desgano con que el narrador anuncia el suicidio de Remigio. El colofón es brutal por su tesitura a la vez apática e inesperada. No a causa de la muerte en sí, planteada con toda intención al principio de “El remate”; sino por su característica suicida y, sobre todo, por la condena al limbo de la intrascendencia, de una vida dedicada a la lucha. Resalta, por anticlimática, la redacción del párrafo que resume la muerte de Remigio y su posterior candidatura a la fosa común del olvido y la inconsecuencia ideológica: “y antes de que se me *olvide* [dice el narrador]: hallaron a Remigio, destrozado, en el túnel que une Cerbère a *Port Bou*. Sin duda se tiró sobre la vía. Como le descubrieron español, en *Port Bou* le enterraron” (45, las cursivas son mías).

El redactor abunda en esta tesitura mediante el cierre de ese testimonio que representa “El remate”:

Le pregunté [a Remigito] por la entrevista de Perpiñán.

—Bien —me dijo.

—Qué pasó?

—¿Cómo quería que le conociera? [...] A mí me interesan muchas cosas, a él le importaban otras. Se empeñaba en recordar algo que yo no había olvidado porque nunca lo supe. Y si algo sabía era tan distinto que preferí callar (45).

El comentario de Remigito representa no sólo un epitafio en la tumba de la Historia, sino también la síntesis del presente. Los ideales de la República (su más de un millón de muertos) se perdieron en el pasado, pero también en el futuro; esperanza que daría sentido al exilio, a la lucha y a la espera. Al menos en España, tal es el descubrimiento de Remigio, la lucha terminó sin dejar descendencia. Nos quedamos solos, podría haber dicho Remigio, ni aquí, ni allá; ni siquiera en esa otra parte del “allá” que es la España franquista, nos recuerdan ni saben quiénes somos ni por qué luchamos. Remigio, especie de hijo pródigo que se acerca veinte años después para atisbar a su patria desde las orillas, descubre que sólo habita el olvido, o lo que podría ser peor, la venal reconstrucción de la Historia y, lo que en su concepto resulta insoportable: la orfandad (si vale la alrevesada expresión) política. Remigito es la antítesis del viejo luchador invicto en su intransigencia. Los otros, olvidados o transculturados, significan la otra cara de la traición, que no por disminuida, resulta menos reprochable.

IV

“Librada”: en 1948, nueve años después de la derrota republicana, Ernesto Rodríguez Monleón, miembro del Partido Comunista, viaja de Veracruz a España a fin de “organizar algunas cosas que no marchaban muy bien” (52). A consecuencia de una delación, Ernesto es capturado apenas cruza la frontera y fusilado en la cárcel de Alcalá de Henares en noviembre del mismo año. Su

mujer, Librada, se suicida al día siguiente de leer un “(*Editorial de España Obrera y Campesina, periódico clandestino, publicado en Madrid con fecha 24 de abril de 1950*)” (58), que denuncia a Ernesto de traidor. Si el encuentro con Remigio provoca la narración escrita de su visita 22 años después, el suicidio y funeral de Librada desata la discusión entre tres refugiados españoles que viven en el puerto de Veracruz, su particular manera de entender el exilio.

“Este artículo fue reproducido en México. Al día siguiente de leerlo, Librada se suicidó” (61), acota la voz narrativa en tercera persona como introducción al diálogo antes mencionado.

Recuerdo al lector que la adyacencia de “Librada” y “El remate”, permite leerlos como textos complementarios por razones de tema, construcción y propósito. Para comunicar tesis similares, (también éste es un texto argumentativo, aunque desde perspectivas distintas), Max Aub recurre a semejantes recursos de construcción: cartas, artículos periodísticos y un extenso diálogo tripartito.

“Librada” aparece estructurada en seis partes de distinta extensión. La I, a cargo de una voz narrativa en tercera persona, informa acerca del propósito del viaje de Ernesto a España. La II es una carta de Ernesto a su mujer, escrita en la prisión de Alcalá de Henares comunicándole su inmediata ejecución y sus últimos pensamientos:

Siento morir sin haber vuelto a ver algo más de España y a algunos compañeros, para poder decirles que a pesar del tiempo transcurrido y que *muchos refugiados han olvidado la razón que los sacó de su tierra*, todavía somos muchos los que estamos seguros de que algún día no lejano volveremos como debemos volver (54, las cursivas son mías).

La parte III la constituye una carta escrita en código de los padres de Ernesto a Librada donde le confirman la muerte de su marido. La IV es el editorial del diario comunista que lo acusa de traición. En la V, de apenas dos breves párrafos escritos en

tercera persona, se informa al lector del suicidio de Librada y se introduce con nombres y apellidos, a tres camaradas de lucha. La VI, subtitulada “Diálogo acerca de Librada”, da cuenta, mediante una voz en tercera persona, de la filiación política, estilo de vivir el exilio y, muy especialmente, los antagónicos pareceres de los tres refugiados respecto al caso Rodríguez Monleón. Este diálogo, con escasa participación de la voz narrativa, ocupa prácticamente la segunda mitad de la novela.

Max Aub deja hablar (y escribir) a sus personajes y con ello construye el perfil político de los disidentes. Los personajes se presentan a sí mismos mediante sus argumentos y contraargumentos, o son esbozados por sus interlocutores mediante ironías y acotaciones personales. El discurso en voz alta toma la palabra. Por ella sabemos que:

- Luis Morales es el militante intransigente: “comunista desde que tenía uso de razón” (62). “Por el ‘jugar limpio’ de Azaña estamos en el destierro [...] por ‘jugar limpio’ está España como está [...] La revolución no puede jugar limpio por la sencilla razón de que no se trata de un juego, sino de una lucha” (65). “El Partido es antes que todo” (67).
- Gregorio Castillo es el asimilado: “ahora trabajaba en un periódico local, amén de ciertos corretajes que le permitían pasarse la vida en la Parroquia y olvidar los disgustos que le daban dos mestizas que mantenía en barrios opuestos de la ciudad” (62).
- Juan Luque: el idealista irredento que se niega a aceptar el principio revolucionario de que el fin justifica los medios. (“eres un místico, y lo que es peor: un místico liberal” (64).

Todos viven a conciencia el contexto político internacional (1950) de la Guerra Fría —afirma y reprocha Morales: “déjate de pamplinas y métete bien eso en la cabeza: no hay más que dos

posiciones —y una sola solución— o estás con nosotros, o con los gringos y lo que representan” (66)—, los nuevos contrapesos ideológicos y las opciones políticas. Stalin sigue vivo.

Más cercanos al acontecimiento que los arrojó al exilio, los tres dialogantes enfrentan (o ya resolvieron) los mismos dilemas planteados en “El remate”: aceptación de la derrota o la continuidad de la lucha en un nuevo contexto. Pero sobre todas las cosas, padecen también ese estado anímico, político-emocional que determina sus conductas y da peso a sus argumentos.

En “Librada”, como en el texto anterior, aparece gran profusión de personajes, centrales unos, periféricos los más, pero todos gravitando alrededor del mismo tema: la conducta del exiliado. Los personajes de ambas novelas representan polifacéticas y contradictorias posturas a ese respecto. Distintos matices de la aceptación o el reproche; de la resignación y el olvido. Este recuento de hechos y conductas ideológicas contradictorias, aleja a ambos textos del panfleto y la recriminación unilateral al permitir considerar el fenómeno del exilio desde una más amplia perspectiva. Posiciones encontradas, viscerales, intransigentes, razonadas, oportunistas. El sentido práctico de la vida o la lealtad al fundamento político. Las opciones son muchas y el dilema personal es una de las formas de vivir la “mala muerte”. Aquella que, y me repito de propósito, sólo se padece en el exilio: ese territorio con orillas en todas partes y capital fija en la memoria.